

---

---

# La ironía y la sátira en *La Regenta*: variantes narrativas

---

---

*A la memoria de don Mariano Baquero, profesor y amigo, vivo siempre en el recuerdo.*

De las muchas y ricas posibilidades interpretativas que ofrece una novela como *La Regenta*, hay una que parece llamar poderosamente la atención, tanto por la extensión que abarca en la obra, como por el tratamiento que le otorga el autor-narrador. Me estoy refiriendo al manejo de la ironía, cuya aparición adopta diversas formas, que son las que vamos a tratar de considerar en este estudio.

## I

Un capítulo particularmente atractivo lo constituye el dedicado a las presentaciones de los personajes, en especial todo ese universo formado por los personajes de segunda fila, en cuyas apariciones el autor vuelca todo su poder descriptivo. Estas, por ser más escasas y menos extensas que las de los protagonistas, han de ser mucho más concentradas y ricas en matices, en tanto que los demás disfrutan de mucho más espacio y de un estudio mucho más profundo en su conjunto.

Con esa lógica interna que está constituida la obra, lo primero que nos encontramos nada más comenzar la lectura es una irónica y sarcástica presentación de esa «muy noble y leal» Vetusta, ciudad con ínfulas de grandeza y de un aristocratismo trasnochado, que sólo vive pensando en un remoto pasado, dormitando tras las diarias ingestiones del «cocido y de la olla podrida», y contemplando todos esos conventos e iglesias que ocupan la mitad del barrio de la Encimada, mientras que los pobres viven sin las mínimas condiciones. Como irónicamente nos aclara el narrador, «era de ver cómo aquellas casuchas, apiñadas, se enchufaban, y saltaban unas sobre otras, y se metían los tejados por los ojos, o sea las ventanas»<sup>1</sup>.

Otra buena muestra de esta sátira de Vetusta viene dada por la extensa y detallada descripción de la biblioteca existente en el Casino, con el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia bien visibles, en tanto que otros libros estaban encerrados con una llave cuyo paradero se desconocía. Qué importancia podía tener esa pérdida, si nadie preguntaba por ellos, salvo algún socio nuevo. Tan sólo Amadeo Bedoya leía libros; los demás prestaban mayor atención a los periódicos, aunque no los entendieran, bien por estar escritos en francés o inglés, o bien por sus razonamientos indescifrables<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Vid. *La Regenta*. Ed. Cátedra, col. Letras Hispánicas, Madrid, 1984, tomo I, cap. I, pág. 145.

<sup>2</sup> En este sentido, confróntese el capítulo VI, en el que hay un curioso recuerdo de las lecturas de don Quijote, a propósito de los desvelos de un vejete semi-idiota: pág. 316.

Una vez hechas estas consideraciones genéricas, el narrador se va a entretener en retratarnos con magnífico realismo a algunos de los elementos más llamativos de ese mundillo de la élite vetustense. Particularmente pintoresco es el caso de Saturnino Bermúdez, un pobre infeliz cuyas pasiones son el arte y las mujeres, disciplinas en las que se considera gran entendido, a pesar de que son aquellas que le acarrearán más burlas y disgustos.

En lo que al arte se refiere, el autor va a centrar sus irónicas miradas y reflexiones en la afición por la arquitectura y la pintura. Consideraba Bermúdez que todos los monumentos de la ciudad eran mudéjares o románicos, y así lo declaraba en sus artículos de «*El Lábaro*», en los que se contenían disparates tales como atribuir al románico unos muros levantados recientemente por un cantero local. Otro tanto sucede con sus teorías sobre la pintura, como se demuestra en las explicaciones que ofrece al matrimonio Infanzón, a los que obliga a creer en sus razonamientos como si fueran dogmas de fe.

Pero lo que más llama la atención es el conjunto de precisiones en torno a sus ínfulas literarias, con esos seis tomos sobre la ciudad de Vetusta, llenos de disparates, y que eran el tormento de sus oyentes dado que les recitaba innumerables y tediosos fragmentos, como ese epílogo que va a cerrar el capítulo primero y que el narrador no puede resistirse a transcribir literalmente<sup>3</sup>.

Esos circunloquios y requiebros léxicos podían haberle servido, al menos, para ganarse los afectos de sus amadas, como sucede con Obdulia Fandiño. Mas sólo constituyen pequeños y fugaces arrobamientos místicos, que nada suponen en el conjunto de sus técnicas de conquista ni de su persona. Todas sus aventuras eran pura fantasía, fruto de las lecturas o invenciones de novelas, cuyas heroínas eran mujeres casadas con las que dialogaba antes de dormirse y a las que —en el caso de ser de carne y hueso— nunca se atrevía a declararles su amor, a no ser con miradas y metáforas que ninguna comprendía. Este es, por ejemplo, el caso de Ana Ozores, que únicamente llega a pensar que es un mentecato.

Sus frustraciones amorosas casi le llevan a caer en el pecado, a dejarse vencer por la tentación y a buscar el contacto con los tugurios; pero él vencía gracias a los cánticos religiosos u operísticos. Una actitud tan extraña y chocante que no podía dejar de motivar un comentario lleno de ironía:

«¡Ah, cuánta felicidad había en esas victorias de la virtud! ¡Qué clara y evidente se le presentaba entonces la idea de una Providencia! ¡Algo así debía de ser el éxtasis de los místicos! Y don Saturno, apretando el paso, volvía a su casa ebrio de idealismo, mojado los embozos de la capa con las lágrimas que le hacía llorar aquel baño de idealidad, como él decía para sus adentros»<sup>4</sup>.

Pepe Ronzal, alias Trabuco y el Estudiante, es otro de los objetivos de la sátira que nos ocupa. Hombre inculto en demasía, había ido logrando ascensos políticos y sociales, si bien no había podido obtener los títulos universitarios deseados, a pesar de la condescendencia y benevolencia de los profesores. De ahí las continuas burlas

<sup>3</sup> Vid. ed. cit., pág. 168.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 158.

que de él hace el narrador, tanto de sus estudios como de su desconocimiento del latín o del francés, lo que obliga a una serie de aclaraciones por parte de aquél.

Muy curiosas son sus equivocaciones ortográficas, como esa célebre pelea por la *b* que, según él, tenía *avena*, y en cuya defensa estaba dispuesto a batirse, tomando como apoyo el que el diccionario de su casa la escribía con *b*. Algo parecido ocurre con sus continuas confusiones entre nombres de ciudades y de generales, y con su ignorancia del ajedrez, que llevaba al contricante a dejarse vencer para no herir sus sentimientos.

Todo ello es la consecuencia de la concepción que él tenía de la vida. Lo único importante era la apariencia y la figura; por eso se declaraba muy inglés —sinónimo para él de clase y de elegancia—, e iba siempre con fuertes botas y con guantes. Bueno, también porque le sudaban las manos. El resto era todo cuestión de honor y de fuerza, como él mismo se confesaba:

«Esto de la sabiduría es un complemento necesario. Seré sabio. Afortunadamente tengo energía —tenía muy buenos puños—, y a testarudo nadie me gana, y disfruto de un pulmón como un manolito (monolito, por supuesto). Sin más que esto y leer *La Correspondencia*, seré el Hipócrates de la provincia.

Hipócrates era el maestro de Platón, maestro al cual nunca llamó Sócrates Trabuco, ni le hacía falta»<sup>5</sup>.

Obsérvense detenidamente esas tres puntualizaciones que introduce el autor en medio de la meditación de Ronzal. Más adelante, nos referiremos a esta técnica, pero hé aquí un buen anticipo de ello. Serán objeto de ellas personajes como el que hemos visto y otros, como por ejemplo, don Robustiano Somoza, el médico de la nobleza vetustense. Se trata de un hombre que carece de los más elementales conocimientos de su profesión porque, según se nos dice en su presentación, «había estudiado poco, pero había ganado mucho. Era un médico de mundo, un doctor de buen trato social. Años atrás, para él todo era flato; ahora, todo era *cuestión de nervios*»<sup>6</sup>. A partir de marzo cambiará sus diagnósticos, y los nervios darán paso a una nueva enfermedad: la *primavera médica*, dolencia que parecía ser del gusto de los enfermos, lo que contribuía a aumentar las riquezas del doctor.

Esta situación es doblemente curiosa: él no ignora sus propias limitaciones y sus carencias, aunque las disimule y las compense con la afabilidad y las buenas palabras. En cambio, no se preocupa por ponerse al día, ya que le falta tiempo para la lectura y el estudio. La consecuencia inmediata es su inhibición siempre que adivina alguna complicación o una próxima defunción, hasta el extremo de llamar él mismo a un sustituto, puesto que «no servía para ver morir a una persona querida».

En este caso concreto, y a tenor de la profesión y la responsabilidad del personaje, la ironía no se limita a esas pinceladas humorísticas o satíricas que antes hemos visto, sino que el autor hace especial hincapié en lo funesta que su actuación resulta para los pacientes. No obstante la seriedad del asunto, no puede evitar que aparezca un cierto

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 332.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pág. 492.

asomo de burla. Tal es el caso del pobre Pompeyo Guimarán quien, a los ojos de Somoza, no sufre ninguna enfermedad, si bien inmediatamente leemos:

«(...) Ocho días después, propuso a la señora de Guimarán el arduo problema de lo que allí se llamaba “la preparación del enfermo”. “Había que prepararle”, ¿a qué? “A bien morir”»<sup>7</sup>.

Según lo hasta aquí expuesto, podríamos decir que Clarín critica todo lo que en esa sociedad ovetense había de falsedad, hipocresía, fingimiento, incultura, arribismo, etcétera. Y no son éstos los únicos ejemplos que nos ofrece, aunque sí sean de los más significativos y representativos de los diversos estamentos que conformaban la vida de la ciudad, todos ellos caracterizados por esos defectos, en mayor o menor medida.

Otro punto de desacuerdo entre Clarín y los vetustenses es el que viene dado por esa forma de vida orientada siempre al trato de la que irónicamente denomina *la clase*. Es éste un mundillo pseudoaristocrático y de gentes muy dispares, unidas todas ellas por el sentimiento común del trato cortés, superficial, meloso y no exento a veces de ligeros enfrentamientos que, según leemos en varias ocasiones, contribuyen a manifestar el saludable humor de esas personas. A esta clase pertenecen seres como los marqueses de Vegallana, Visita, Obdulia Fandiño, etc., cuyos vicios y excentricidades quedarán de manifiesto a lo largo del libro.

Un breve espacio conviene dedicarles a las tías de Ana, para quienes la vida con la clase es casi una religión. Sus ocupaciones, sus trabajos, se resumen en hacer calceta y colcha, y en devolver visitas, comer fuera de casa y asistir a la iglesia. Ahora bien, siempre ha de existir una jerarquía de valores. Por eso no ha de extrañarnos esta irónica matización:

«No pagar una visita *de clase*, les parecía el mayor crimen que se podía cometer en una sociedad civilizada. Amaban la religión, porque éste era un timbre de su nobleza, pero no eran muy devotas; en su corazón el culto principal era el de la clase, y si hubieran sido incompatibles la visita a la Corte de María y la tertulia de Vegallana, María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido a la tertulia»<sup>8</sup>.

Para la gente de Vetusta esa etiqueta es connatural a la propia vida y, si se suprimiera, el mundo podría venirse abajo por un choque de estrellas. La manifestación más importante de esta forma de vida se concreta en *el ten con ten*, algo muy difícil de aprender, según opinión de doña Anuncia. La explicación que dan a la sobrina es tan absurda y esperpéntica que el narrador no duda en calificar a las tías de brujas y trotaconventos de salón<sup>9</sup>.

Ya que hablamos de esperpento, resultaría interesante apuntar algo más al respecto. Hay ocasiones en que la simple sátira irónica no basta para calificar o definir plenamente las reacciones o las actitudes de determinados personajes. Es en esos momentos cuando se echa mano de un recurso más efectivo: la deformación esperpéntica, la deshumanización grotesca. Se consigue así el complemento para las pinceladas de ironía que hemos tenido ocasión de comprobar hasta aquí. En esta línea

<sup>7</sup> *Ibidem*, págs. 401-402, tomo II.

<sup>8</sup> *Ibidem*, págs. 266-267.

<sup>9</sup> Cfr. cap. V, págs. 279-282.